

EL GRITO DE LA LECHUZA

Patricia Highsmith, 1962

Plaza & Janés. Trad. Joaquín Llinás

Robert Forester trabaja como ingeniero industrial para una compañía aeronáutica de Langley. Tiene veintinueve años. Hace tres, se casó con Nickie. “Estaban muy enamorados el uno del otro” [54]. Sin embargo, la noche de su segundo aniversario, ella le espetó: “Eres un rastrero y a mí me dan asco los rastreros” [51]. Robert no entendía “el motivo de la aversión de su mujer [53]. ¿Por qué era siempre tan agresiva, tan cruel, tan hiriente con él? Se dio algunas respuestas a sí mismo, tales como que Nickie no le quería porque estaba deprimido con frecuencia y casi siempre injustificadamente melancólico” [52]. Testigo de este deterioro sentimental, Robert tiene “un lunar en su mejilla que Nickie había encontrado al principio distinguido, después feo, y, finalmente, canceroso” [79]. Cuando Nickie empieza a tramitar el divorcio, Robert, incapaz de afrontar la situación, huye de Nueva York para refugiarse en el sosiego provinciano de Langley.

Algo más sobre Robert: “No tenía hermanos ni hermanas. Su padre había sido un bebedor empedernido. Un día se mató en un accidente de automóvil cuando Robert contaba diecisiete años de edad”. A los diecinueve tuvo que dejar los estudios para seguir un tratamiento contra la depresión [60].

Cuando la autora lo presenta, Robert padece un desequilibrio emocional que lo ha llevado a acechar en la noche a Jenny, una joven desconocida que vive sola en una casa aislada. La chica, que ha notado algo, está intranquila, pero no llama a la policía, como le sugiere su novio Greg, porque la horroriza la idea de acusar a un hombre sin pruebas. Una noche, mientras Jenny quema algunas cosas en el patio, las llamas le revelan la presencia de Robert a pocos metros. La joven no grita, no huye. Al contrario, invita al desconocido a entrar en la casa para tomar un café y mantener con él un diálogo cargado de surrealismo romántico. Este es un resumen:

“—¿Cree en los encuentros fortuitos? Como mi encuentro de esta noche con usted. Ocurren en todas las novelas. Las personas que se conocen por casualidad estaban destinadas a encontrarse. Eso es mucho más importante que ser presentados por otros. Algunas de mis amistades más íntimas las he conocido por azar. —Usted cree en el sino de las personas. —Por supuesto... ¿Qué represento yo para usted? —Una muchacha con un hogar, un trabajo... un novio. Una muchacha feliz y contenta. Por esto me gustaba mirarla. Para mí la vida carece de sentido, a menos que la viva para otra persona. He estado viviendo para usted desde septiembre... aunque no la conocía. —Sé lo que quiere decir. Lo sé realmente” [46/48].

La siguiente conversación es telefónica. De nuevo es Jenny la que tiende puentes: “Se me ha ocurrido llamarle para saber cómo está. ¿Pasó buenas Navidades? —Magníficas. Espero que usted también. —¡Oh, sí! Estuve con mis padres y con Greg. Fue todo muy hogareño. —Eso está bien, así debe ser por

Navidad. –Creo que debería venir a cenar conmigo una noche de estas” [57/58]. Robert la invita a cenar en un restaurante. Ella hace una confesión inesperada: “Creo que no estoy segura de que deba casarme con Greg. No estoy segura de quererle lo suficiente. No voy a casarme con él” [60]. Luego, pide a Robert que la lleve a dar un paseo sin rumbo definido. Durante el viaje, Robert “empezó a sentirse incómodo. ¿Por qué había querido pasear en coche en una noche como aquella sin ningún objetivo preciso? ¿Qué se proponía? ¿Acaso lo estaba tentando para que detuviese el coche en cualquier lugar apartado y se propasase con ella? ¿Era lógico que una muchacha le pidiese a un hombre, a quien había visto actuar como fisgón, dar un paseo en coche?” [62]. Incómodo, Robert da media vuelta y regresa al restaurante. En silencio, ella sube a su coche. “Parecía triste y decepcionada” [63]. Súbitamente, la actitud de Jenny cambia para proponer a Robert pasar el domingo con ella y Susie, su amiga y vecina.

Primero van a esquiar: “Robert notó que Susie no le quitaba la vista de encima. Conocía a Greg, sabía que Jenny y este eran novios y, por tanto, le parecía raro que Jenny tuviese otro *amigo*. Robert se sintió como un viejo entre adolescentes” [67].

En casa de Jenny, ya los dos solos, Robert expone un sueño recurrente: “Me encuentro sentado en una mesa junto a un hombre vestido de sacerdote. Le pregunto si es el «hermano Green». El hombre me mira sonriendo y me contesta: «Soy el hermano Muerte». Entonces me despierto” [70]. El relato inspira en Jenny una reflexión: “Creo que la muerte se presenta siempre así, bajo la apariencia de un ser humano. Cuando se encuentra a esta persona pienso que se comprende lo que significa, porque existe algo muy íntimo entre ella y uno mismo” [71].

Cuando se disponen a cenar llega Greg, probablemente avisado por Susie. Jenny le pide que se vaya, pero Greg esgrime un argumento sorprendente: “No quiero malograr una cena, pero no veo por qué he de marcharme. ¿Acaso no puedo esperar en el living?” [72]. Jenny sugiere que mejor lo haga en la planta de arriba, pero él se sienta. Jenny se reúne con Robert en la cocina. Tiene lágrimas en los ojos. “Aquella situación melodramática le resultaba absurda a Robert” [73]. Ante la actitud violenta de Greg, Robert promete no volver a ver a Jenny y se marcha. Poco después de llegar a casa, recibe una llamada de Jenny: quiere ir a verlo inmediatamente [75].

Por primera vez, Jenny tutea a Robert: “Cuando hablé con Greg esta tarde le dije que tú no eras la causa de lo que está pasando, pero lo eres. Tú me haces ver algo que nunca vi antes” [75]. Robert confiesa que está casado y que estuvo en tratamiento por una depresión, pero nada de esto disuade a Jenny: “Solo he querido decirte lo que siento: te quiero. Que estés casado no cambia las cosas en absoluto. –Te voy a ser sincero: soy un hombre que tiene que esforzarse para no caer en la demencia. –Esto lo hacemos todos continuamente. –En una ocasión apunté a mi esposa con un rifle de caza. El arma estaba cargada. –Hasta ahora no me has dicho nada que sea realmente grave” [82/85]. Ante la obstinación de Jenny, Robert corta por lo sano: “No puedo volver a verte nunca más” [88].

Obcecado en recuperar a Jenny, Greg habla por teléfono con Nickie, luego con Robert y, por último, con Jenny, ante la que se muestra triunfal: “He ahuyentado de la ciudad a ese bastardo” [98].

“Pasaron diez días, y entre ellos el del cumpleaños de Greg. Jenny le envió una postal de felicitación, amistosa, pero no alentadora. Cuando pensaba en Robert, sentía una pequeña pero sincera pena que se desvanecía inmediatamente [101]. Tal vez estaba adoptando una actitud demasiado pasiva no intentando ponerse en comunicación con Robert” [102]. Jenny llama al apartamento de Robert y después a su trabajo, comprobando que no se ha marchado, como le dijo Greg: “Cambié de domicilio. Ahora tengo casa propia” [103].

Al salir del trabajo, Jenny va a Langley Aeronautics con la esperanza de ver el coche de Robert en el estacionamiento, propósito que no consigue hasta “la cuarta o quinta vez” [105]. Lo sigue hasta su nueva casa. Robert la invita a pasar. “La habitación parecía la sala de un castillo medieval. –Parece sacado de un cuento de hadas, dijo Jenny. Él sonreía y parecía feliz: –Me encanta que hayas venido. Esto es un poco solitario” [107/108]. Sin saber por qué, Jenny “decidió que debía decirle algo desagradable que lo molestara y lo impulsara a no verla más [108]. Admitió que se comportaba como una chiquilla de dieciséis años y se despreció a sí misma” [109]. Robert la invita a cenar. “Casi se le saltaron las lágrimas ante su plato de ensalada: «Robert, te quiero» [...] Y sin saber, se encontró acostada en el sofá, reclinada sobre sus cojines. Robert le estaba hablando en tono muy sereno: «No debí haberte ofrecido el segundo whisky». Robert se paseaba de un lado a otro. Ella se imaginó: «Estamos casados y vivimos aquí, y yo estoy acostumbrada a acostarme en la misma cama que Robert, y él está completamente acostumbrado a mí». Jenny se quedó dormida” [110].

A la mañana siguiente, Jenny “se duchó, lavó sus medias, se frotó los dientes con un dedo. Su primer sentimiento de vergüenza por haberse invitado a sí misma había dado paso a algo más, [pero] ya reflexionaría después [111]. Para Jenny, aquello era perfecto, tanto si deseaba besarla como si no. Era perfecto estar acostada en la casa donde él dormía y donde ella podía respirar el mismo aire. Simplemente se sentía vivir. La palabra exacta para definir aquello era *eternidad*” [112].

Mientras, Greg pone un cerco infructuoso a la casa de Jenny. A media noche llama a Susie, Nickie, Langley Aeronautics... Está furioso: “¡Permitir que un loco, un degenerado como Robert, trastornara su vida de aquel modo!” [116]. Al día siguiente lo espera a la salida del trabajo para amenazarlo: “¡Le romperé la cara si vuelve a verla!” [118]. En la oficina de Correos le dan la nueva dirección de Robert. A través de la vidriera reconoce una planta de Jenny. Por la tarde ve el coche de Jenny. Esa noche vuelve a llamar a Nickie, que confirma su idea sobre Robert: “No es un loco a quien haya que encerrar, pero está lo bastante trastocado para ir destrozando las vidas de los demás. ¿Por qué no le da una buena paliza?” [120-121].

Jenny comenta con Robert su indignación por el acoso de Greg: “–¡Demonios! ¿Es pedir mucho querer vivir la propia vida? –Bueno, afrontemos la situación. Después de haber estado aquí juntos cuatro o cinco noches, ¿qué esperas que piense Greg? ¿Qué estamos pasando el tiempo como dos monjes?” [123]. Vida monacal con la que Jenny se siente plenamente satisfecha: “–¡Qué feliz me siento ahora! No me importaría morir” [125]. Robert, en cambio: “–No podemos seguir así, la gente murmura” [126]. “–Te quiero, Robert, y lo demás no me preocupa” [125]. Durante la cena, “Robert se levantó de un impulso y la besó en la mejilla. Su beso

podía ser el de un hermano” [128]. Luego, en la cocina, Jenny “abrió los brazos a Robert. Los labios de ambos se rozaron para unirse inmediatamente en un beso apretado, y él sintió algo parecido a una descarga eléctrica cuando la punta de la lengua de Jenny tocó la suya” [128]. Después, Jenny se ducha y se acuesta en el sofá: “-¿No me das un beso en la frente? ¿Ni en la mejilla? -No” [129]. Viéndole subir las escaleras hacia su dormitorio, Jenny le habla desde el sofá: “-Soy tan feliz, Robert. ¿Qué puedo hacer por ti? -No se me ocurre nada. -¿Ni que te haga un jersey? -Bueno, hay una cosa. Si puedes conseguirme pastillas para dormir... Me da pereza visitar a un médico” [129].

Jenny, que ha vuelto a su casa, invita a cenar a Robert. También están sus amigos, el matrimonio Tesser. A Dick, el marido, se le suelta la lengua y expone todo lo que Greg les ha contado sobre Robert, que si es un fisgón, que si está loco... [135/137]. “A la semana siguiente, Robert invitó a cenar a los Nielson en su casa y Jenny guisó una pierna de cordero. La velada transcurrió en armonía” [140].

“El prestigio de Robert en L.A. iba aumentando y preveía una próxima oferta para trabajar en la oficina central de Filadelfia. Confiaba en que cuando se fuera a vivir a Filadelfia, Jenny sufriría un periodo de soledad, pena y tal vez amargura, que acaso la decidiera a romper definitivamente con él. Anticipándose a esto, ahora era más precavido con ella. Se habían acabado los besos y las manos enlazadas” [140].

Jenny, por el contrario, “saboreaba cada instante de su compañía, y una tarde, después de la cena, le habló como si soñara: -Si este café llevara veneno, me lo tomaría... si tú lo hubieras puesto. Me siento tan feliz contigo que la muerte no sería más que la continuación de un sueño. Byron lo dice: «Sueño y muerte son hermanos». Robert se estremeció. -Es una solemne tontería que una muchacha tan joven hable tan a menudo de la muerte” [141].

Robert recibe la notificación de su traslado a la oficina principal en Filadelfia y decide irse el primero de junio [142]. Escribe a su madre informándola del cambio. “Echaré de menos a Jenny Thierolf. No es artificiosa, ni tampoco elemental; es un tipo de muchacha que no se encuentra a menudo” [145].

Camino del restaurante donde ha quedado con Jenny, Robert es perseguido e interceptado por Greg, que lo fuerza a pelear al borde del río Delaware: “Robert comprendió que Greg no trataba solo de darle una paliza sino que quería matarlo” [146]. Robert gana la pelea, pero sale con un ojo cerrado, un colmillo roto y la comisura de un labio partido. Antes de irse, evita que Greg se ahogue en el río [147].

Durante la cena, Jenny plantea trasladarse también ella a Filadelfia [150]. A Robert le pareció una buena idea: “Existía la posibilidad de que dentro de tres o cuatro meses pudiera amarla como ella lo amaba a él. Ahora ya no parecía una niña, Jenny parecía una mujer hecha y derecha” [151]. Pero Robert declina la propuesta de vivir juntos.

La policía encuentra el auto de Greg, pero ni rastro de él. [153]. En el lugar de la pelea había tres botones. Robert comprueba que faltan en la manga de su abrigo [157] y llama a la policía para identificarse como el hombre que peleó con Greg, siendo interrogado por el inspector Lippenstolz [159]. Jenny baraja la posibilidad de

que su ex novio haya ido a emborracharse con un amigo. ¿A pie, dejando el coche en la carretera? [160/163]. Aunque, por otro lado, no descarta que... “En su imaginación vio a Robert golpeando a Greg hasta dejarlo inconsciente y empujándolo hacia las rocas del río, metiéndose incluso en el agua para asegurarse de que Greg se había hundido en la parte más profunda” [165/166]. Los periódicos también dan su versión: “Se describía la pelea y su motivo: los celos de un galán burlado” [169]. El nombre de Robert figura en la noticia.

Las insidias de Nickie fuerzan un nuevo interrogatorio: “–Visité a un psicoanalista durante una temporada, cuando tenía diecinueve años, pero nunca estuve recluido. Hace un año visité a un psiquiatra durante seis semanas. –Su mujer nos ha dicho que usted la apuntó con una carabina y que disparó sin alcanzarla. –Es cierto que la apunté con una carabina, pero estaba descargada. En otra ocasión disparé contra la boca de la chimenea. Mi mujer me retó, me dijo que no era capaz de hacerlo” [175]. Cuando los policías se marchan, Robert rememora los hechos: “Una noche, Nickie cargó la carabina y se la ofreció, desafiándole a que disparase contra ella. Irritado consigo mismo, Robert la cogió, apuntó contra el hogar de la chimenea y disparó para deshacerse de la maldita bala. En realidad no sabía por qué había disparado en lugar de haber retirado la maldita bala, pero así fue como lo hizo. Ningún vecino llamó a la puerta. No ocurrió nada en absoluto excepto que Nickie consiguió un nuevo episodio que añadir a sus historias [179]. De repente, lo asaltó una idea: Greg estaba con Nickie. Ella lo tenía escondido o le había ayudado a ocultarse” [180].

Robert viaja a Nueva York esperando que Nickie le diga dónde está Greg [185]. Ella niega saberlo. Ralph, su marido, va al hotel donde Greg se aloja. Al quedarse solos, Nickie trata de seducir a Robert: “Tú eres el mejor amante que jamás he tenido y que jamás tendré. Vamos a la cama. Ralph tardará todavía una hora en volver. No me digas que no deseas hacerlo. Pero si tú siempre estás dispuesto” [192]. Robert se precipita fuera del apartamento.

Ralph pide a Greg que deje de ocultarse, pero Greg se niega: “Voy a arruinar a ese tipo. Quiero echarlo de la ciudad, del Estado” [197]. Ralph insiste: “Si mañana no se ha ido, seré yo quien diga a la policía dónde está usted” [201]. Después de la visita de Ralph, Greg recibe la de Nickie, quien le da dinero para que se vaya a otra parte esa misma noche [204].

El jefe de Robert le comunica que, por orden de la policía, su traslado a Filadelfia se pospone hasta que la situación se aclare por completo. Además, ha recibido una carta en la que se acusa a Robert de ejercer su “repugnante y demencial encanto sobre una joven inocente”. La ha enviado “un amigo de Greg Wyncoop” [208/209].

Por la noche, Robert traslada a Jenny su convicción de que Greg está oculto en Nueva York, pero la chica apenas lo escucha. Los Tesser y la patrona de Greg han insistido en que Robert mató a Greg. Cuando Jenny alza la vista, “lo miró con resentimiento: «Creo que no volveré a verte nunca más». Él se sintió ofendido: «Perfectamente»” [215].

“Jenny no durmió aquella noche. Ni siquiera se metió en la cama. Estuvo paseando por su casa, leyendo breves fragmentos de libros de poesía o mirando a través de una ventana la oscuridad de la noche. Escuchó a una lechuza que le

recordó uno de los símbolos de la muerte. Al amanecer la venció el sueño y se durmió hasta las doce. No fue a trabajar [217]. Pronunció varias veces la palabra «muerte» saboreándola y empapándose de su significado. Leyó algunas poesías más, primero Keats y después Dylan Thomas [218]. Pensó en llamar por teléfono a Susie para pedirle que regase las plantas y que cuidase de las cosas que más apreciaba en la casa. ¿Debía dejar una nota para su madre? No tenía deudas, excepto el teléfono y la luz, y la cuenta corriente del banco podría cubrir las sobradamente. [Imaginó] la sorpresa y el horror de sus padres cuando se enterasen de la noticia” [218/219].

Después de trasegar varios vasos de whisky, Jenny se toma el contenido de tres frascos de Seconal, coge un paquete de hojas de afeitar y escribe una nota: “Querido Robert: Sigo amándote. Ahora de un modo más profundo porque te entiendo a ti y a todas las cosas. No he sabido hasta hace poco que tú significabas la muerte, al menos para mí. Estaba predeterminado. No sé si estoy alegre o triste, pero tampoco sé lo que...” [222]. Sin terminar la nota, Jenny sale de la casa. Lleva en las manos el jersey que ha estado tejiendo para Robert y la última postal recibida de él. La llegada de Susie precipita el desenlace: “Jenny se dejó caer entre las altas hierbas, con la mejilla apoyada sobre el jersey blanco y la tarjeta con el dibujo del pájaro tan fuertemente cogida con su mano que la había arrugado por completo [223]. Sacó del bolsillo las hojas de afeitar, quitó la envoltura de una de ellas y se hizo un profundo corte en la muñeca izquierda. [Luego] se dio varios cortes en la muñeca derecha [224].

Ralph llama a Robert para decirle que Greg ha estado escondido en el hotel Sussex Arms de Nueva York bajo el nombre de John Gresham. Ya se ha ido, pero no sabe a dónde [227]. Robert se lo comunica al detective Lippenholtz, negándose a revelar el nombre de su informador [228]. Un día después, Lippenholtz le dice que han encontrado el cadáver de Jenny y la forma en que murió [231]. Al día siguiente, la noticia sale en los periódicos. Según declaración de Susie, “Jenny sentía terror ante Robert y esta era la razón de que se hubiera suicidado” [238].

A medianoche, Robert escucha una detonación. Se arroja al suelo. Convencido de que han disparado contra él llama a la policía [241], pero los agentes no descubren el impacto de la bala [242]. La encuentra Robert por la mañana, empotrada en una ensaladera, que lleva a la comisaría [243].

Robert va a Langley Aeronautics dispuesto a presentar su renuncia [245]. Allí, Lippenholtz le informa de que han encontrado el cadáver de Greg flotando en el río. Según el forense, lleva entre diez y quince días muerto. Robert está convencido de que no es Greg. Lippenholtz lo invita a ver el cadáver. “Robert estaba preparado, pero no pudo evitar un sobresalto ante la visión del cadáver. Le faltaba el maxilar inferior. Estaban descarnados los huesos del cráneo y las clavículas. Unos jirones de carne pálida y desangrada colgaban del esqueleto” [250]. Imposible reconocer a Greg. Habrá que esperar la vuelta de su dentista, que está de vacaciones. Robert pide a Lippenholtz que ponga un guardia de vigilancia frente a su casa: «No tengo armas y hay alguien que quiere eliminarme» [252].

Alrededor de la casa merodea una perra famélica. Robert le da de comer y la deja entrar en su casa [255]. Mientras Robert atiende la llamada de su madre, “oyó

una detonación y algo le golpeó el brazo izquierdo. Sonó otro disparo, seguido de otro más. Dos disparos más. Robert yacía en el suelo, en plena oscuridad. La perra gimió. De pronto Robert se irguió y corrió hacia la cocina en busca de una linterna. La encendió y dirigió el haz de luz al exterior sin poder ver nada. Salió al porche, saltó entre las plantas y se deslizó junto a la valla. Entonces se dio cuenta de que tenía una herida en el brazo izquierdo [260]. Robert llama a la policía, pero antes de terminar la conversación cae desvanecido [261].

Robert recobra el conocimiento “en medio de una barahúnda de voces y pisadas. En la casa había un verdadero tumulto, policías, paisanos y dos mujeres”. Un médico le cura el brazo [263]. Una mujer, la dueña de la perra, acusa a Robert de haber causado su muerte dejándola entrar en su casa. Exige colérica que Robert le pague 35\$ por la perra. “Hubo unos gruñidos de aprobación de la gente. Un policía bajó la cabeza para reírse en silencio”. Los paisanos se encrespan: “–Debería estar preso. –¡Destrozó a una chica! ¡La obligó a suicidarse! –¡Por Cristo! –Asesinar a la chica y a su novio... –¿Qué más van a permitirle?”. El doctor Knott, único que se solidariza con Robert, pide a Lippenholtz que desaloje la casa [266]. Luego, a solas con el herido, le pide permiso para pasar la noche con él. Tiene “los ojos llenos de lágrimas [269]. –Lo prefiero a irme a casa. Hace diez días que he perdido a mi esposa. Murió de pulmonía” [270].

Cuando Robert despierta, Knott le prepara un café. “No podía entender su amabilidad ni su buena voluntad” [274]. Hablan de Jenny. “–Decía que yo significaba la muerte para ella. En cierto modo, estaba enamorada de la muerte. Por esta razón me quería. –La razón de muchos suicidios consiste en causar dolor y remordimiento a otras personas” [276]. Ante la desidia de la policía, Knott le ofrece su casa como refugio temporal [280]. Robert se excusa: “Tengo el presentimiento de que esta noche volverán a disparar contra mí y no quiero que otra persona reciba la bala que me han destinado” [282]. Pero acaba cediendo. Knott se muestra encantado de tener compañía: “Usted es el primer invitado que tengo en casa desde que falleció mi esposa. Quería invitar a unos cuantos amigos a cenar, pero no he invitado a nadie salvo a usted, prácticamente un desconocido” [288].

Después de comer juegan al ajedrez en la planta de arriba. Knott baja a por una botella de jerez. Suena un disparo seguido de ruido de cristales rotos. Robert corre abajo y encuentra a Knott en el suelo. “Había una ventana entreabierta, tan solo unos cinco o seis dedos” [290]. Salió al porche, pero no vio nada. Knott sangraba por la cabeza. Su corazón latía. Robert llamó a un médico. Una pareja de vecinos acude, alarmada por el disparo. La mujer se asusta al reconocer a Robert [292]. El hombre llama a la policía [295]. Knott está en coma.

El dentista de Greg ha vuelto, pero no puede emitir un diagnóstico sobre el cadáver [299]. Robert visita a los Thierolf sin detectar el menor resentimiento en ellos [304].

De nuevo en casa, Robert espera el anochecer para encender la luz, salir y ocultarse detrás de un macizo con un palo en la mano. Greg no tarda en llegar. Se acerca a la ventana armado con una pistola. “Robert calculó que los separaban unos siete u ocho metros. Recorrió la distancia en tres zancadas y golpeó a Greg en la cabeza con el garrote. Greg se desplomó gimiendo. Robert soltó el palo y empezó a

golpear a Greg con los puños” [306/307]. Súbitamente, aparece Kolbe, un vecino, que encañona a Robert con un rifle. Kolbe cree más a Greg que a Robert y obliga a este a devolver la pistola a su dueño. Robert quiere llamar a la policía, pero Kolbe no le deja y permite que Greg se marche [308/309].

Greg planea volver a Nueva York, donde cuenta con la ayuda de Nickie, pero es detenido en la estación de autobuses de Langley [315]. En la comisaría, admite todos los hechos. Respecto a la pelea junto al río, declara: “Yo fui a su encuentro. Quise darle una paliza, pero él quería matarme. Creo que me golpeó en la cabeza con algo, porque apenas podía sostenerme en pie. Cuando me recuperé del todo me encontré andando por la carretera. Caminé mucho. Durante muchos días tuve algo parecido a una crisis de amnesia” [317]. También reconoce haber estado en contacto con Nickie: “Me dio dinero y también consejos” [318].

Lippenholtz lleva a Greg a la comisaría de Rittersville. Desde allí, llama a Nickie, que da una versión distinta: “—Ella asegura que no es amiga suya. Dice que usted es un vagabundo y un perdido. —¿Ah, sí? ¡Pues bien que se acostó conmigo! Dos veces” [323]. Greg llama a su padre para pedirle que pague la fianza [324]. Greg es llevado a una celda. Pensar en Robert lo enfurece. Entonces recuerda que, “según Nickie, Forester merecía ser llamado asesino, puesto que había matado a un hombre durante una cacería. Un hombre que los amenazó con denunciarlos por haber dado caza a un número excesivo de venados. Robert lo golpeó en la cabeza con la culata del rifle y le partió el cráneo. Nickie lloraba de pena cuando le contó aquella historia y le dijo que nunca había tenido el valor suficiente para contárselo a nadie porque Forester le había dicho que la mataría si lo hacía. Greg se preguntó si no sería conveniente denunciar aquel asesinato a la policía. Lo malo consistía en que no estaba *completamente* seguro de que Nickie le hubiera dicho la verdad, y una denuncia falsa contra Forester podría perjudicarlo a él” [326].

Por la mañana, el padre de Greg paga la fianza y lo saca de la cárcel. El viejo no oculta su indignación: “¿Sabes lo que he tenido que hacer esta noche para obtener el documento de la fianza? ¿Sabes que lo he conseguido gracias a que un abogado que es amigo de un amigo mío conoce al juez de Rittersville? Hemos actuado contra todo procedimiento legal, según me ha dicho el juez” [330]. Luego le pide que le cuente lo sucedido aquella noche en el río. Greg repite su versión, insistiendo en la crisis de amnesia [331].

Ya en su apartamento, Greg recibe la llamada de Alex, su jefe: “Me he enterado de que todo este tiempo has estado de juerga en Nueva York. Durante todos esos días creí que podías estar apenadísimo por lo de Jenny. Y ahora me entero de que...” [336]. Greg está despedido. Luego lo llama Nickie. Quiere su dirección para hablar con él. Nickie le reprocha a gritos haber hablado de lo suyo: “«Eres el hijo de perra más infecto que existe». Cuando él intentó hacerla callar, el tono de Nickie se convirtió en un chorro de feroces insultos. Greg sentía ira y miedo a la vez [339]. «Has destrozado mi vida, cretino, y ahora voy a contemplar cómo se destroza la tuya. Sé muy bien cómo hundir a la gente, cerdo. Ralph quiere divorciarse de mí y demandarme ante los tribunales»” [340].

Nickie pretende que Greg vuelva a la comisaría y desmienta todo lo que ha dicho de ella [340]. Él se niega. Forcejean. Ella se asusta y se conforma con una

declaración por escrito. “–Escribe que no es verdad que te acostaras conmigo en Nueva York” [342]. “Greg llenó las dos caras de la cuartilla y firmó con su nombre completo” [343]. Fecha: 31 de mayo. Después de leer la carta, Nickie insiste en que “Bobbie está actuando a fondo. La gente va muriendo a su alrededor. Él lleva la muerte consigo” [344].

Robert carga en su coche algunos bultos y los lleva a casa de los Nielson para que se los guarden. Por el camino piensa que “la policía, los vecinos, todo el mundo parecía cooperar con Greg y Nickie para allanarles las cosas” [348]. Mientras habla con sus amigos, “Robert se sintió súbitamente enfermo, como si agonizara” [349]. Reflexionando sobre su propia muerte “se daba cuenta de que lo único que valía la pena en la vida era la bondad para con los demás” [351].

Robert vuelve a su casa para recoger el resto de cosas que se llevará. Estando en ella “oyó un coche que se acercaba por la carretera. Lo conducía Nickie y Greg estaba a su lado. Robert pensó que era mejor ignorarlos” [352], pero al pasar junto a ellos con una maleta, Greg lo derriba de un puñetazo y le pisa el brazo herido. Robert se incorpora y guarda la maleta en el coche. “Entonces se oyó un crujido dentro de la casa y un ruido de cristales rotos. Robert esquivó un plato que Greg había lanzado. –Greg, estás perdiendo el tiempo. La vajilla no es mía” [354]. Mientras Robert recoge los platos rotos suena el teléfono. Desde el hospital le comunican que Knott ha fallecido [355]. Greg ataca a Robert armado con un cuchillo. Los dos pelean. Greg hiere a Robert en un costado y a Nickie, que trata de separarlos, en el cuello. “Robert comprendió que la cuchillada había afectado la carótida. Se quitó la corbata pero no supo hacer un torniquete con ella. Sacó un pañuelo e intentó taponar la herida. La sangre seguía manando. Corrió al teléfono. La sangre formaba ya un charco sobre el suelo. Intentó tapar otras pequeñas heridas cercanas al orificio. Arrastró a Nickie hacia el diván. Asió de nuevo su muñeca. No latía. Estaba muerta” [356/358].

COMENTARIOS

Novela de lectura rápida y recuerdo poco perdurable. Sus ingredientes esenciales son el fatalismo y la misoginia: un hombre emisario de la muerte y un Dios que elimina a jovencitas necrófilas y mujeres pérfidas, respetando a los hombres por canallas que sean. Lo del doctor parece compasión por un alma solitaria y doliente.

El título

Por dos veces, Highsmith alude al grito de la lechuza. La primera, mientras la policía rastrea el río buscando el cadáver de Greg: “Las sirenas siguieron gritando como lechuzas” [171]. La segunda, cuando Jenny se dispone a suicidarse: “Escuchó a una lechuza que le recordó uno de los símbolos de la muerte” [217].

Moral conservadora

- Impureza del sexo fuera del matrimonio: “Greg sonrió [...] Por su mente pasó la idea de quedarse otra vez a pasar la noche allí [...] pero no se veía capaz de acostarse con ella sin acabar haciendo el amor, y ambos tenían acordado superar aquella tentación. Se habían acostado juntos dos veces y decidieron no volver a hacerlo hasta estar casados” [30]. En cuanto a la relación con Robert, Jenny la quiere asexual: “Aquello era perfecto, tanto si deseaba besarla como si no. Era perfecto estar acostada en la casa donde él dormía y donde ella podía respirar el mismo aire” [112].

- La maternidad, objetivo principal de la sexualidad: “Jenny quería tener hijos. Los dos iban a crear una familia tan pronto como se hubieran casado. «La madre de mis hijos», pensaba Greg casi siempre que la miraba. Podía imaginársela con un niño, o dos o tres o cuatro, riendo con ellos y siendo, sobre todo, paciente y buena. Será la mejor madre del mundo, pensaba Greg” [33].

- El hombre gana el sustento; la mujer mantiene el hogar: “Aquel empleo de Jenny no iba a durar mucho. Tal vez hasta febrero o marzo, cuando se casaran” [34].

- Navidad en familia: “Tenían pensado ir a casa de la familia de Greg la víspera de Navidad, y a Scranton, donde vivían los padres de Jenny, al día siguiente” [34]. “– Estuve con mis padres y con Greg. Fue todo muy hogareño. –Eso está bien, así debe ser por Navidad” [58].

- Entre lo humano y lo divino. Las bajas pasiones salpicadas con agua bendita: “¡Dios Santo, si Nickie llegaba a enterarse!” [Robert, 38], “¡Gracias a Dios!” [Jenny, 44], “¡Dios sabe lo mucho que nos amamos!” [Robert, 54], “¡Dios mío, mamá!” [Jenny, 95], “¡Dios Santo!” [Nickie, 133], “Por Dios, querido” [Nickie, 187], “¡Dios mío!” [Nickie, 189], “¡Jesús!” [Greg, 198], “Por Dios Jenny” [Susie, 220], “¡Dios, esto es incomprendible!” [Jack, 246], “¡Por Cristo!” [un vecino, 261], “A casa, por Dios, a casa” [Greg, 329], “¡Por Cristo, papá!” [Greg, 331], “¡Por el amor de Dios!” [Van Vleet, 334; Alex, 336; Robert, 354], “¡Por Cristo, Alex!” [Greg, 336], “¡Jesús!” [Greg, 343], “¡Por Dios, quietos!” [Nickie, 356], “¡Dios mío! ¡Oh Dios mío, Dios mío!” [Nickie sintiéndose morir, 357].

Aniñamiento de la mujer

“¡Dios mío, mamá! Me tratas como a una niña” [95], se queja Jenny, que ha superado con creces la adolescencia: “Tenía veintitrés años” [29]. Es habitual que una madre pretenda perpetuar la infancia de sus hijos, sobre todo de sus hijas. También Highsmith, como madre intelectual de Jenny, se niega a concederle la mayoría de edad: “Parecía una niña contrariada” [124]; “Acababa de ducharse y se había acostado con la rutina de una niña dócil” [129]. Hay un momento en que admite que Jenny “ya no parecía una niña, sino una mujer hecha y derecha [151]. Pero sigue haciéndola actuar “como una niña que recibe una regañina de una persona mayor” [215].

Como coartada, Highsmith hace que la propia Jenny se vea como “una chiquilla de dieciséis años” [109], impresión compartida por el resto de personajes. Greg: “Eres como una niña” [29]. “Muy bien, muchachita. Te quiero, pero algunas veces pienso que necesitas una buena azotaina” [105]. “Es como una niña” [114]. Hasta Nickie, sin conocerla, increpa a Robert por acostarse con una chica “lo bastante joven como para ser tu hija” [132]. Y el propio Robert, cuando está junto a Jenny y su amiga, se siente “como un viejo entre adolescentes” [67]. Cronológicamente, no hay tal diferencia de edad entre Jenny y sus *amantes*: “Greg le llevaba solamente cinco años” [29]; Robert, seis: “Cumpliré treinta en junio” [69].

Soluciones discutibles

Greg no tiene problemas para acosar al fugitivo. El domicilio se lo dan en Correos: “Dijo que tenía un paquete para entregar a Robert Forester, pidió su dirección y la obtuvo” [119]. Con igual facilidad obtiene el nuevo número de teléfono de Robert “diciendo a la telefonista que tenía un mensaje urgente de parte de su madre enferma” [132].

En varias ocasiones, la narración desconcierta al lector. Greg es un hombre penderciario y experto en peleas que “practicaba el boxeo en un gimnasio y se sentía orgulloso de sus puños” [93]; Robert, en cambio, pasa las horas dibujando. Aun así, es Robert quien gana la pelea a orillas del Delaware” [147]. En el capítulo 15 Nickie describe a Robert como un amante fogoso (“tú siempre estás dispuesto” [192]), cuando en todo momento lo hemos visto como un hombre de sexo huidizo. En cuanto a Ralph, en su encuentro con Greg actúa como un hombre enérgico cuando se nos ha dicho que es un flojo. Tampoco se entiende que, cada vez que Greg dispara sobre Robert, este salga al porche para facilitar el blanco al tirador.

Los disparos hechos a través de la ventana con el propósito de matar a Robert impactan en una ensaladera o matan a una perra, que anda a ras de suelo, mientras el destinatario solo recibe un balazo en el brazo sin que el proyectil interese ningún hueso. También la escena descrita a continuación, con “quince o veinte” personas entre paisanos que gritan y policías que ríen en el salón de Robert, escenario de un intento de asesinato, carece de seriedad [267]. Comparado con el linchamiento de Meursault (*El extranjero*, Camus), el de Robert parece una parodia.

A la actitud cerril de Kolbe, cuando se pone de parte de Greg y lo deja marchar sin permitir que Robert llame a la policía, no le veo más propósito que hinchar las narices del lector. Al menos es lo que consigue [308]. En cierto modo, la propia autora lo reconoce por boca de Robert: “El incidente de la noche anterior, cuando Kolbe le obligó a devolver la pistola a Greg, le parecía inverosímil, menos real que una escena de violencia en la televisión” [351].

Greg tiene una gran baza contra su rival: según Nickie, durante una cacería, Robert asesinó a un hombre golpeándolo “en la cabeza con la culata del rifle y le partió el cráneo” [326]. Pero Greg no lo denuncia a la policía por si Nickie le ha mentado. ¿Desde cuándo Greg se ha vuelto prudente? ¿Acaso una calumnia es más grave que una serie de tiroteos con víctima mortal?

Si todas las agresiones físicas están narradas a capricho, la que cierra el relato pone la guinda. Ni se entiende que Robert trate de ignorar a un rival violento, borracho y, finalmente, armado, ni que Greg no aproveche la ocasión para rematar a su enemigo más odiado. La autora no solo se olvida de él, también de explicar la gravedad de la herida de Robert, qué pasará cuando llegue la policía, seguirá en su línea y culpará a Robert del asesinato de Nickie dejando a Greg en libertad...

Precisiones superfluas

A veces, la autora se explaya en detalles sin importancia, como el modo en que Jenny cierra la caja: “Jenny sumó el total: once mil cincuenta y cinco dólares con diecisiete centavos, puso la caja en un arca empotrada y cerró con una de las llaves de su llavero personal” [93]. En cambio, el modo en que la chica perdió la virginidad, mucho más importante, lo salda con unas palabras de Greg en tono jactancioso: “Yo soy el primer hombre con quien ha dormido” [193].